

El guardián de los símbolos

Díaz Isabel Álvarez Youssoufi-
IES Alba Longa. Armilla (Granada)

Nunca olvidaré la mañana en la que todo empezó. Era finales de noviembre y en el instituto hablaban sin parar del Certamen de relatos “Los símbolos de Andalucía”. Pero yo, sinceramente, no pensaba participar... hasta que encontré aquel cuaderno. Estaba en la biblioteca, escondido detrás de un atlas antiguo. Su tapa verde estaba desgastada y llevaba grabado un símbolo que reconocí al instante: el escudo de Andalucía, con Hércules sujetando a los dos leones. En cuanto lo toqué, sentí un escalofrío. Parecía... vivo. Lo abrí con cuidado. En la primera página había una frase escrita con tinta muy fina:

“Quien encuentre este cuaderno deberá proteger los símbolos de Andalucía. Sigue las huellas del pasado.”

Firmado:

Blas Infante.

Me quedé paralizado. ¿Blas Infante? ¿El Padre de la Patria Andaluza? Era imposible... ¿o no? Mientras procesaba aquello, el cuaderno se iluminó con un brillo verde y blanco, como los colores de nuestra bandera. Antes de que pudiera reaccionar, la luz me envolvió por completo. Sentí un mareo, una ráfaga de viento... y, de repente, ya no estaba en la biblioteca. Había aparecido en plena plaza del Ayuntamiento de Casares, el pueblo natal de Blas Infante. Reconocí las fachadas blancas, las calles empedradas y el sol dorado que siempre parece abrazarlo todo. Pero no estaba solo. A unos metros, un hombre vestido con ropa antigua me observaba. Su mirada era tranquila y profunda.

—Bienvenido —dijo—. Te estaba esperando.

Lo reconocí al instante. Blas Infante.

—¿Cómo es posible? —balbuceé.

—No te asustes. Andalucía tiene una historia larga y poderosa. Sus símbolos nacieron del esfuerzo, del sueño y de la unidad de su gente. Y hay quien desea borrarlos. Por eso estás aquí: para salvarlos. Antes de que pudiera preguntar nada más, escuché un estruendo. La plaza tembló. Una sombra oscura apareció en lo alto de una torre. No era humana; parecía hecha de humo y viento. Un murmullo grave resonó por las paredes blancas:

—Los símbolos se desvanecerán. No quedará memoria.

Blas Infante me miró con urgencia.

—Es el Olvido, una fuerza que se alimenta de la indiferencia y de la ignorancia. Si destruye los símbolos, Andalucía perderá su esencia. Tú debes recuperarlos antes que él. La bandera,

el himno y el escudo brillaron en el cuaderno. Las tres imágenes se desprendieron de las

páginas y salieron volando en distintas direcciones.

—Síguelos —ordenó Blas Infante—. No hay tiempo.

Y sin más, eché a correr.

La búsqueda de la bandera

La primera luz verde y blanca me llevó hasta Ronda, al borde del Tajo. Entre las piedras del puente nuevo, vi un desgarrón de tela verde. De pronto, el aire se oscureció: el Olvido se materializó a pocos metros, extendiendo un brazo de sombras.

—La identidad no importa... —susurró—. Solo lo que no se olvida permanece.

Me lancé y agarré el pedazo de tela. En cuanto lo toqué, vi una imagen nítida: la Asamblea de Ronda de 1918, donde se fijaron la bandera y el escudo de Andalucía. Los colores verde y blanco vibraron en mis manos, se unieron y estallaron en luz. La bandera volvió al cuaderno.

Uno de los símbolos estaba a salvo.

Tras el eco del himno

El siguiente resplandor era dorado y llegaba desde Córdoba, así que corrí hasta el Puente Romano. Allí, entre turistas y vecinos, nadie parecía oírlo, pero yo sí:

un coro suave, como un susurro antiguo.

Me acerqué a la Mezquita-Catedral. En el patio, sobre una fuente, flotaba una partitura verde transparente. Reconocí los versos de “La bandera blanca y verde”, el himno escrito por Blas Infante y musicalizado por el maestro José del Castillo Díaz. El Olvido apareció de nuevo e intentó envolver la partitura con un remolino de oscuridad.

—Si nadie recuerda la música, la historia calla —susurró.

Pero yo canté, casi sin pensarlo:

“Andaluces, levantaos...”

La melodía resonó en el patio, rebotando entre los naranjos. La partitura brilló con fuerza, escapó del remolino y regresó al cuaderno.

Segundo símbolo recuperado.

La fuerza del escudo

El último brillo me llevó a Sevilla, al Pabellón de la Expo del 29 donde alguna vez resonaron discursos sobre la identidad andaluza. Allí encontré una columna caída, y sobre ella, una inscripción en piedra del escudo con Hércules y los leones. El Olvido se materializó por última vez, más grande y poderoso.

—Los pueblos sin memoria se arrodillan —dijo.

La figura de Hércules resplandeció en el escudo. De la piedra surgió su voz: —Mientras alguien luche por nosotros, nunca caeremos.

Sentí una fuerza recorrerme. Toqué el escudo y la imagen regresó al cuaderno, donde los tres símbolos se reunieron. El Olvido lanzó un grito de rabia y se disolvió como ceniza en el viento. Blas Infante apareció a mi lado.

—Has salvado los símbolos de Andalucía. Recuerda esto: una tierra vive mientras su gente la conoce, la quiere y la respeta.

El brillo verde y blanco volvió a envolverme.

Abrí los ojos. Estaba otra vez en la biblioteca del instituto. El cuaderno seguía en mis manos... pero ahora estaba en blanco, como si hubiera cumplido su misión.

A lo lejos, la profesora anunciaba por las clases:

—Recordamos al alumnado que está abierto el Certamen de relatos “Los símbolos de Andalucía”...

Sonreí.

Ya sabía perfectamente qué iba a escribir. Cerré el cuaderno, lo guardé en mi mochila y me puse a redactar. Porque algunos viajes cambian la vida. Y otros, cambian la historia.